

Hay ag 28/46

Corsarios Cubanos

Escribe:

LUIS ROLANDO CABRERA

APARTE de nuestras lecciones de historia, recibidas en la escuela primaria, todos hemos vivido unos años en íntimo contacto con piratas y aventureros.

¿Quién, en efecto no ha pasado horas y horas enfrascado en la lectura de las audaces hazañas de Sandokan y sus tigres de la Malasia? ¿Quién no ha seguido la historia peregrina del Corsario Negro, aquel famoso Caballero de Ventimiglia, surgido para deleite de nuestros años infantiles de la pluma de Salgari?

Después, el cine nos ha servido, más de una vez, historias de esta índole. Y grandes y chicos hemos vivido en la pantalla plateada las peripecias del Capitán Blood y de otros corsarios que cortaban cabezas, saqueaban ciudades y terminaban —en la escena al menos— ganándose el amor de la orgullosa castellana y el perdón de los agraviados por sus ataques a la propiedad ajena.

Morgan, Nau el Olonés, Drake, Sores. Son nombres conocidos de todos los que han pasado por las aulas escolares. Pero en esas historias, aprendidas de niños se nos ha hablado siempre de los ataques realizados por franceses, holandeses e ingleses contra las posesiones de España. Hemos visto como, los bandidos del mar —grandes argollas en las orejas, pañuelo a la cabeza y una que otra pata de palo— robaban ciudades, saqueaban templos e incendiaban pueblos, en una orgía frenética de sangre y de alcohol.

Pero no se nos ha dicho nada de otros corsarios, si no tan famosos, no menos audaces y sanguinarios. Corsarios y hasta piratas que, bajo el perdón de Castilla, partiendo de puertos cubanos, se dedicaron como los otros, a asaltar, quemar y saquear por las aguas y tierras vecinas a esta insula nuestra, tan visitada por los corsarios de otras nacionalidades.

—oOo—

Hace algún tiempo se pretendió romper el silencio y se nos ofreció, en una serie radial, la vida aventurera de Diego Grillo el ex esclavo que llegó a ser capitán en los barcos holandeses. Pero la desafortunada versión radial nos dió un Diego Grillo que no tenía con el original, más semejanza que el nombre. Se hilvanaron una serie de aventuras ficticias y se falseó, como se hace tantas veces en el cine y en la radio, la verdad de los hechos.

¿Quién fué en realidad este Diego Grillo? Mulato nacido en La Habana, de gran fuerza física, Grillo trabajó como tripulante en un buque que, pees a su apariencia honrada, tenía más de corsario que de simple mercader. Maltratado rudamente a bordo, se escapó del buque y fué a buscar amparo en un corsario holandés. Sus conocimientos de Cuba —siempre punto de mira de todos los corsarios— su destreza y su fuerza, le abrieron camino entre sus nuevos compañeros y años más tarde se le veía al mando de flotas enteras de buques corsarios que Holanda regaba por las aguas del Caribe, en busca de las ricas presas que ofrecían los panzudos galeones españoles.

Las Antillas Menores, los puertos mexicanos, toda la cayería de la costa de Cuba fueron escenario de sus hazañas. Y a tanto llegó que fué, durante años, segundo en el mando de un famoso corsario de Holanda, Cornelio Jols, el célebre "Pata de Palo".

Y fué tanta la fama de este compatriota nuestro que al igual que hoy en día, los boxeadores toman sus nombres de combate, de entre los grandes del ring, como si quisieran con ello disponerse a emular sus hazañas, así otro pirata posterior, tomó también como nombre de guerra el de Diego Grillo, lo que explica el que encontremos en los libros, que a estas cosas se refieren, menciones a un Diego Grillo, pirata sin patria y sin bandera, muchos años después que el otro, el original, no figuraba ya por razones imperiosas de la edad en tan combativos escenarios.

—oOo—

¿Cuál fué la causa que dió nacimiento a estos corsarios criollos? A poco que conozcamos algo de los acontecimientos de aquella época, caeremos en la cuenta. España, que había cerrado el comercio con sus posesiones a los demás países de Europa, se vió envuelta, más de una vez, en las cruentas guerras que se produjeron en el Viejo Mundo durante todo aquel bélico Siglo XVII.

Por ello, los monarcas rivales dieron a sus marinos patentes de corso para atacar las posesiones de España. Pero los corsarios franceses, ingleses y holandeses, alejados de sus países de origen, se vieron obligados a establecer cuarteles de aprovisionamiento y descanso en algunos lugares del Caribe.

Así surgieron, Tortuga primero, más tarde los establecimientos de bucaneros en la costa de Santo Domingo y en Jamaica que pasó a ser posesión inglesa. Al admitirlo, España, renunciaba implícitamente al principio de "mare clausum" que había pretendido imponer hasta entonces y aceptaba, aunque a regañadientes, la vecindad peligrosa de los ladrones del mar.

21

Pero el corso y la piratería ejercidos contra las posesiones de España, por sus rivales en el comercio mundial, hacían daño a las colonias hispanas no sólo cuando las tripulaciones del Olonés o de Morgan irrumpían en las tranquilas poblaciones coloniales. Resultaba que los campesinos no tenían barcos para exportar sus cosechas que el comercio quedaba casi por completo paralizado, pues no podían llegar las flotas

y sólo se practicaba —con anuencia gubernamental a veces— el contrabando.

Fué entonces que se vió la necesidad de fomentar el corso criollo. Y en tiempos del gobernador Francisco de Riaño y Gamboa, se dieron las primeras patentes. Los puertos principales de la isla como La Habana, Santiago de Cuba, Trinidad y Baracoa comenzaron a ver partir embarcaciones de diversos tipos, armadas por particulares, que emprendían el lucrativo negocio de atacar las embarcaciones extranjeras.

Claro está que muchos de estos corsarios degeneraron prontamente en piratas que fueron a realizar en territorios ingleses y franceses, las mismas depredaciones que aquellos hacían en suelo español.

Los deseos de vengarse y las ansias incontenibles de lucro, las más de las veces, lanzaron al mar a numerosos habitantes de Cuba. Vizcaínos, navegantes por naturaleza, fueron los más. Pero hubo también criollos legítimos, blancos y negros, que tripulaban los barcos españoles lanzados en persecución de los piratas aunque fuesen, en su mayoría, tan piratas como aquellos a quienes pretendían exterminar.

La guerra se declaró así abiertamente. La horca, alzada en la capital, tenía casi siempre el cadáver de algún pirata francés, inglés u holandés y eso cuando los capitanes no hacían justicia por su mano y colgaban de las vergas de sus buques a los prisioneros, hechos en el abordaje de una nave enemiga.

—oOo—

¿Nombres? Por ahí, en documentos amarillentos y en libros españoles, encontramos muchos.

Y hasta un historiador tan español como Pezuela deja entrever la verdad cuando nos habla de las operaciones realizadas por

Don Pedro de Garaycochea, corsario vizcaíno, que en su fragata "La Galga" fué durante algunos años, terror de la navegación.

Pero no fué sólo este vizcaíno el que figura en las listas de los corsarios cubanos. A poco que busquemos, encontramos otros mucho más criollos, con nombres que rezuman su cubanidad. Entre ellos tenemos a Diego Morales, Bartolomé Valador y otro Bartolomé, de apellido López, capitán de la balandra "Las Animas". Además Pancho Lorenzo, Juan Vázquez, Pedro de Estrada, Manso de Contreras y otros muchos más.

Ellos fueron los que trajeron a La Habana, como prisioneros de guerra —verdaderos esclavos blancos— a numerosos súbditos de otras naciones, hasta norteamericanos, los cuales, mientras no pagaron rescate, se vieron obligados a trabajar ruda-

mente en la construcción de las obras públicas emprendidas en la capital, especialmente en las del Morro y la Punta, fortificaciones levantadas precisamente para defenderla de los ataques de los corsarios y marinos extranjeros.

De sus hazañas, tenemos algunos relatos que no tienen nada que envidiar en ferocidad a las que pudo llevar a cabo Nau el Olonés, considerado como el más sanguinario de los piratas que deambulaban por todos los mares.

Como ejemplo basta citar el de Miquel

Corso que, en venganza por la muerte de su hermano, colgado por los franceses, pasó a cuchillo a toda la población de Petit Goave, en Santo Domingo, sin respetar mujeres en estado de gestación. Corso saqueó la población, se llevó consigo cuanta mujer le interesó e inició a bordo de su buque una orgía inenarrable. Y mientras en su embarcación se escuchaban los juramentos y maldiciones de los piratas beodos y los gritos de las cautivas, sesenta de sus compañeros eran sorprendidos en tierra, por fuerzas francesas, y exterminados por completo.

Como se ve, un episodio que no tiene nada de edificante, en el cual fué protagonista principal un pirata criollo.

Claro que, como decíamos anteriormente, no encontramos estas cosas en nuestras historias. Pero si leemos los libros ingleses o los norteamericanos encontraremos cómo un historiador tan imparcial como Chapin acredita a Garaycochea, calificado de "inculto" por Pezuela, más de setenta buques asaltados y robados con el auxilio de su tripulación cubana.

—oOo—

Pasaron los años y las propias naciones que le dieron origen se afanaron, por conveniencia propia, en lograr la extinción de la piratería. Los medios fueron diversos, desde la persecución incesante hasta el abrirles a los antiguos piratas las puertas de ingreso en las marinas reales, o en la administración de las colonias americanas, como en lo caso de Morgan.

El corso criollo fué más difícil de terminar. Pero sus días estaban contados y con la Paz de Ryswick, en 1697 puede decirse que termina la era de los piratas y de los bucaneros. No más banderas negras, ni más sables de abordaje.

Los viejos piratas quedaron para contar en las tabernas, la historia de sus hazañas y añorar los buenos tiempos idos. Caía el telón sobre una de las épocas más turbulentas de la historia americana. Pero nosotros, los que de niños gozamos tanto con las historias de Salgari, añoramos, como los piratas retirados, los tiempos en que no se lanzaban bombas escondidos en las nubes sino que se peleaba cara a cara y frente con la misma sonrisa con que se bebía una bota de buen vino.

Handwritten signature and date: May 28 / 46